

## UN CRONISTA CON VOCACIÓN DE SERVICIO.

Amanecí a la vida el 20 de noviembre de 1948, en el barrio porteño de Villa Devoto. Allí me criaron José y Aída. Mi padre era técnico mecánico y mi mamá, ama de casa. Mi primer hogar fue la austera pero bella casa de Antonio y Basilisa, mis abuelos paternos, con jardín, patio y fondo de tierra, gallinero, quinta, frutales y flores.

Me formé en el Colegio San Rafael, de la Congregación de los Hermanos Corazonistas. Allí cursé desde primer grado inferior hasta completar el secundario. En el Ateneo San Rafael, los potreros de Floresta y Liniers, y las canchas de General Lamadrid y Gimnasia y Esgrima de Villa del Parque, durante la niñez y parte de la adolescencia, disfruté con mis amigos y compañeros memorables jornadas de handbol, fútbol y pelota a paleta que jamás superaron el nivel del mero recreo, matizando prolongadas tardes de lectura y estudio en la Biblioteca Antonio Devoto.

Desde los diez años, comencé a disfrutar el placer de bucear en los libros y borrar algunas páginas con textos propios. El primer estímulo fue el reconocimiento del jurado en un concurso de composiciones infantiles, que premió mi trabajo, entregándome una edición de lujo del Quijote, que conservo como una reliquia invaluable.

Tiempo después, a los trece, me animé a dirigir una revista: "Ecos Colegiales". Se trataba de una publicación mensual, impresa a mimeógrafo, que circulaba gratuitamente en todos los cursos del secundario: un pasquín que logró sobrevivir mágicamente mediante el generoso aporte de un puñado de padres-anunciantes y la benevolencia e ingenua complicidad de mis condiscípulos. Semejante temeridad, sospecho, fue el punto de partida de un desvelo, que derivó en vocación y pasión: el periodismo.

A los diecisiete, comencé a trabajar e inicié los estudios terciarios. Tras graduarme, cuatro años después, ingresaba en Radio Continental y la Editorial Atlántida. Con las enseñanzas y la guía de José Gobello, Mauricio Grinberg, Juan Esteban Ezcurra, Roque Francese, Germán Sopena, Julia Priluzky Farny y otros queridos maestros, me involucré en el mundo fascinante de la comunicación. Radio Mitre, El Mundo, Argentina, Rivadavia, Diario La Nación, La Razón, El Economista, La Chacra, El Campo en Marcha, Super Campo, Canal Rural y más de una treintena de periódicos, emisoras de radio y televisión me honraron al convocarme para ejercer la profesión a lo largo de cuatro décadas. Desde 1983, por lo demás, desarrollo mis propios emprendimientos: producción integral de ciclos de televisión, radio, gráfica y la edición de Sumario Ganadero, el anuario de la ganadería argentina.

En ese lapso, he comprendido que el periodismo debe ser, ante todo, servicio. Servicio ejercido con respeto por la opinión pública en general y, por cada lector, oyente, televidente o internauta, en particular. Porque no concibo la comunicación despersonalizada. La asumo y trato de ejercerla como un diálogo interpersonal, que valora y prioriza el derecho del prójimo a estar bien informado, para opinar y decidir por sí mismo. Se trata de un compromiso asumido con responsabilidad ética, en la búsqueda de la verdad. Porque sólo ella nos hace verdaderamente libres.

Cuando se me pregunta por qué me “especialicé” en periodismo agropecuario y, particularmente en ganadería, sólo atino a responder parafraseando a Antonio Machado, a través de Joan Manuel Serrat, caminante no hay camino... Y, en tal sentido, recuerdo que uno de mis jefes de redacción en el Servicio Informativo Continental, allá por 1971, me pidió que cubriera todo lo atinente a la veda impuesta por el gobierno de aquellos tiempos al consumo de carne vacuna. Sin embargo, hoy no descarto que la verdadera causa de tal orientación resida en la percepción de que el mundo animal y sus circunstancias resume y simboliza la vida en evolución permanente, al tiempo que genera un natural y hondo fanatismo en el hombre, sin distinción de niveles culturales, sociales, geográficos y económicos.

A propósito de ese fenómeno fascinante y universal, recuerdo un episodio singular que me tocó vivir durante la grabación de un programa de televisión con Simeón “Paco” Payba. Don “Paco”, a punto de cumplir entonces cien años de edad y ochenta de transportista (dedicó prácticamente toda su vida al traslado de animales y se convirtió en el máximo referente de la actividad), accedió a responder todas las preguntas, aún las más indiscretas. Reveló así sus secretos y ofreció detalles inéditos de una vida impar, recorriendo prácticamente todos los caminos y campos del país e incluso algunos del exterior. Pero cuando llegó el momento de la despedida, me soltó: “Te dije casi todo, pero hay algo que me reservé hasta este momento: ¡no se manejar! Tras semejante revelación, le pregunté: Paco, ¿cómo se explica que el eterno transportista no sepa manejar? “Muy fácil -respondió-, no importa no saber manejar; lo esencial es saber conducir”

Mi anhelo está vinculado con la regla de oro de aquel genuino exponente del trabajo, la ética y la innovación en materia de servicios ganaderos y en la vida. Lo importante es saber conducirse y servir a la sociedad, privilegiando la verdad, el conocimiento y la libertad.

Antonio Monteagudo